

## EL CORREO DE LA REVISTA

CARLOS ILLESCAS

Querido lector:

Toda carta es un acto de violencia, pero con signo diferente. Lo es porque su discurso exige al receptor del mensaje su máxima atención y su mejor comportamiento. Claro, una reacción lícita es romper la carta que no ha de gustarnos; pero en el caso de la presente la ruptura no sería de uno o varios pliegos sueltos sino de todo un volumen con muchas páginas.

Los días transcurren apresurados. Vértigo es el signo común que los define; parecería ser que el tráfago de la vida aspirase a alejarse tanto de las cosas que el resultado fuera el olvido. Sin embargo, las cosas traducidas a hechos, acontecimientos recontables de necesidad, pese a la violencia del tráfago, imponen momentos de calma expresados en la reflexión acerca del mundo en general y del mundo en particular. Esto no conlleva romanticismo, o sea pequeñas trampas a la fe de sentirnos en el universo y y al mismo tiempo creernos depositarios del mundo a título de arrendadores a un inquilino muy particular, la conciencia.

Lector amigo, a jerigoniza, base del párrafo anterior, trata de expresar que la vida, la mas y sus pescaditos, pese a la rapidéz con que transcurren, pueden ser detenidos y al hacerlo olvidar momentáneamente las prisas y así, entonces, recontar hechos, sucesidos, cosas y otros muchos asuntos que le competen al mundo y al hombre; y, desde luego, a ambos dos.

¿Historicismo? ¿Reflexión memoriosa? Tal vez, pero la verdad es que los días que pasan proporcionan a porrillo las más intensas temáticas, cuyo tratamiento requiere la detención, y si no reflexiva si considerativa. Por ejemplo, el Grupo Contadora, los diferentes viajes efectuados por el Presidente de la Madrid, la negativa de la Unión Soviética y de los países socialistas a participar en los Jojo (con un Jo basta) -según decir de los renunciantes; con el ánimo de no engordarle el caldo al señor Reagan, animado a reelegirse para otro mandato más al frente de los destinos de su nación; la carestía de la vida, producto de continuas devaluaciones económicas y morales (ojo con la corrupción), la contaminación ambiental y las quejas continuas acerca de que los niveles académicos en muchos centros de estudio bajan en la misma medida de que el dólar sube. Y otros temas, en fin, que al ser detenidos en su encarrerado fluir servirían para las más dilatadas reflexiones, son entre muchos miles, los referentes al juego sin fin de qué es y no es identidad nacional y el futbol, las conmemoraciones pendientes de ser realizadas: que Víctor Hugo, que Lenin, que los hermanos Flores Magón, que la batalla tal, que el primer beso que imprimió Abelardo en los labios de Eloísa, que Bertrand Russell quien más que un lógico a ultranza era, es, el mayor humanista de nuestro tiempo.

Con buena voluntad por delante, queridísimo lector, todo es ola en el mar de las temáticas. Tú y yo, por ejemplo, si lo quisiéramos, bien podríamos bajarnos no una sino muchas veces en dicho mar, y todo ello porque impuesta la mejor buena voluntad (me hago cargo del pleonasma o tautología) podemos traer a cuento, por ejemplo, el tema de la Libertad de Expresión. El derecho inobjetable que todos, sin excepción, tenemos de expresar la verdad y las verdades, sin cortapisas, sin presiones, sin límites, a no ser los que imponen leyes y reglamentaciones del caso.

Aunque a decir verdad, libertad de expresión no sea, sobre todo para quien la ejerce, más que una suerte de arsenal donde se forjan las armas que los enemigos de la libertad de expresión usan con alegría, ello a fin de que, quien ejerce la libertad de expresión, deje de hacerlo merced a un deporte muy socorrido, el tiro al blanco. En efecto, en el asunto se impone una suerte de trueque que debemos tomar en cuenta para entender qué es y qué ha sido hasta la fecha, la profesión que conlleva la libertad de expresión.

El trueque es el siguiente. A mayor tino en acertarle a la verdad por parte del cultivador de la expresión en su mayor libertad, mayor es también el tino de quien elige “eso” que se llama blanco, con la finalidad de que el arma fabricada en los arsenales de la intolerancia no guarde silencio. El trueque es, pues, así: a mayor puntería del escritor, tribuno o periodista que busca y da en su blanco, igualmente efectiva es la puntería del otro tirador que da en el suyo, y mientras el uno ejerce su derecho a no permanecer silencioso, el otro lo hace

a su manera: no calla merced al arma ad hoc para mostrar, al final, que la verdad periodística (he ahí el caso de Manuel Buendía) tiene una réplica detonante, a largo o corto plazo. Si has de pensar amigo que nos favoreces leyendo estos garabatos, que el párrafo anterior tiene relación con una partida de ping-pong, estás en lo justo. El deporte, sobre todo el de mesa, admite ser practicado al momento de elaborarse alegorías que conjugan los lenguajes de lo real y lo irreal, lo real maravilloso, extremo del hacer literario copiado de la vida latinoamericana, en donde todo está por hacerse, si para ello no hubiera inconveniente.

Una pregunta, ¿cuántas veces puede un bañista reflexivo bañarse en las mismas aguas que llevan y traen en forma de olas el tema de la libertad de expresión? El día siete de junio, consagrado a exaltar en los más altos grados su importancia, el oleaje va a ser recio (la presente la redactamos el día 3 del citado mes por razones editoriales). Como es de esperarse, muchos, muchísimos, agitarán las aguas, mientras otros, en el fondo de su alma (en caso de tenerla) sólo dirán.- “no hagan olas”.

La verdad de las cosas es la violencia. Esta, día con día se identifica más con el hacer de muchísimos sectores de la población. No hay lugar dónde posar los ojos que no mire uno su huella nefanda. La torpe violencia. La criminal violencia. No bastan a mitigar sus alcances las explicaciones sabias de quienes ponen en su base etiológica la existencia de la cruel e intolerable situación económica. La pobreza, dicen, satisfechos de hallar que la mejor agua azucarada descubierta se fabrica con agua del Mediterráneo y azúcar del Ingenio de San Cristóbal, más dos o tres gotitas de petróleo, si crudo mejor. La miseria, la miseria, exclaman los sabios, origina la violencia.

Y a nombre de la violencia, sabes lector que no eres casateniente, los caseros suben las rentas de sus propiedades a precios que no cubren ni siquiera las perlas de la virgen; los señores taxistas, tan respetables, tan dados a pedir que México sea una estrellita más en una bandera equis, te demuestran que debes hacerte esmerado lector; ¿por qué? Porque con dos “dejadas” pueden comprar libros y más libros hasta hacerse de una biblioteca tan numerosa como la de Alejandría. Y todo ello a nombre de la violencia que tú no ejerces ni siquiera contra tu esposa, quien, teniendo a la vista tu mal carácter, te abandonó al momento de lagitar la bandera de la wetnen liberation.

Violencia viene, violencia va. Pero lo justo es que ésta es discriminatoria. En efecto, sólo presiona sin misericordia sobre sectores cuya idefensión es evidente; porque lo que es en otros bienes defendidos merced a todo el dinero- del mundo lo hace en manera moderada, en el marco del trato cortés dictado por el derecho de gentes mientras los jaiboles, para el caso, enseñan cuál es el estatus de las “clases dominantes”, como llaman los resentidos a la gente bonita.

De modo y manera, como solía decir el Sute Cúpira, personaje de Canaima, de mi admirado Rómulo Gallegos, que a nombre de la violencia se ejerce la violencia. Tal hallazgo en manos de Humberto Eco, el gran semiólogo italiano, lo llevaría a redactar otra novela igual a su más reciente éxito, El nombre de la rosa. Y, querido lector, ahora por favor no nos inipidas citar a Borges, inmortalizador de los siguientes versos que decimos de memoria:

Si (como el griego afirma en el Cratilo)  
el nombre es arquetipo de la cosa,  
en las letras de la rosa está la rosa  
y todo el Nilo en la palabra Nilo.

Y, hecho de consonantes y vocales,  
habrá un terrible Nombre, que la esencia  
cifre de Dios y que la Omnipotencia  
guarde en letras y salabas cabales.

Querido lector, si no acometemos este acto memorioso, probablemente nos sentiríamos frustrados.

Y bien, en el nombre de la violencia está la violencia. Ello es indudable. Mas algo hay que tomar en cuenta al buscarse soluciones para eliminarla, desde ningún ángulo de observación se impone el oficio de que para terminarla como hecho (facto) debe terminarse primero con la palabra violencia. Ello sería demostrable en sus infinitos efectos en la empresa, muy ímproba, de querer desecar el Nilo merced a la emisión de la palabra

Nilo. Ni tú ni yo, queridísimo y lúcido lector, llegaremos a tales extremos del idealismo aun cuando así nos los pidiera el Parménides acarreador hacia Platón de muchísimas consejas.

Ni el Nilo, ni la Rosa, ni la Violencia van a desaparecer con tan sólo suprimir la palabra infinitamente generadora (he aquí uno de los misterios del eterno femenino de Goethe) de cosas y objetos. Esto es tan ímprobo y poco lúcido como dar, así lo dice el pueblo, “sopa de su propio chocolate”, a quienes en goce pleno de la ignorancia, el resentimiento, el “manipule” de los medios, se imponen la tarea de ser violentos en grados lo más atentatorio imaginables.

Y claro, hay otros reflexivos, y tal vez lector, tú entre ellos, que piensan que la violencia encauzada conduce a hechos positivos, como lo profesa la corriente conductista. Por ejemplo, un violento de profesión enseñado en oficios carpinteriles, una vez condicionado a desviar hacia otro objetivo, la ira en acto contra el prójimo, lo seguro es que de sus manos saldrán mesas sillas, armarios, libreros, y gran cantidad de muebles de la mayor utilidad en hogares y oficinas. La cama en que yaces, a lo mejor es producto de manos que alguna vez pudieron cegar vidas. Ello lo sientes en lo mullido del colchón, porque, a mayor violencia reprimida en su elaborador, mayormente sedantes son los descansos propiciadores de sueños, tan felices que hasta los analistas quisieran tenerlos.

Y así como el carpintero lo es más y mejor en el ejercicio de su oficio después de desviar la violencia hacia la utilidad mueble, así también el artista lo es más Y mejor si impone el método de llevar su infinita cólera a la realización de objetos estéticos que recojan sus apetencias de infinita destrucción transformados en mensajes de infinito amor.

Pero está el caso muy patético de artistas que son un alma de Dios (“se caen de santos”, dice el pueblo) y que deben pintar, por necesidad (tal vez de mercado, quién sabe) monstruos, o escenas teratológicas, es decir, necesitan de grandes dosis catatónicas a fin de darnos la visión acabada del mundo contemporáneo. La tragedia en dichos artistas es que su ínsita bondad les impide mostrar en grados de persuasión estética la bestialidad, la agresión como acto plástico, teatral y poético, y entonces caen en la desesperación teniendo a la vista la imposibilidad de crear monstruos convincentes.

La medicina moderna, dicen los concedores de problemas iguales al antes dicho, desde hace buen tiempo ha producido medicamentos “confiables” (no crean hábito). Merced a su ingestión, el inhibido puede desinhibirse y así realizar la obra a la escala dantesca que la inspiración exige. Una de estas medicinas es, entre otras, la talidomida, que ayuda con eficacia a la gestación de monstruos. Ello está probado a muchas escalas de la experiencia. Los dictadores latinoamericanos las ingieren con magníficos efectos, en grados tan plausibles, que ellos mismos devienen concreción física y moral de los monstruos que la talidomida engendra. En los artistas los efectos son más noblemente computables, porque la agresión y el horror solamente se produce en las telas (si se tratara de un pintor) y no en la vida monda y lironda, en la cual, como sabes lector estimabilísimo, se comportan con toda la corrección que las circunstancias exigen.

Otros hay, quienes estiman que la violencia es particular por definición (ineluctabilidad spencereana) del ser humano; no importa si se es de Xochimilco, Puebla, Bolivia, Guatemala, francés, alemán o ruso. Y en su caso, tampoco importa si es norteamericano. De todas suertes, por el sólo hecho de haber nacido de mujer, aunque de padre desconocido (se dan casos) hombres y mujeres somos violentos. Se han descubierto que los actos de bondad tan aplaudidos por la ética y los de santidad, tan aplaudidos por la escatología, esconden la mayor violencia. En efecto, se reconoce en la admirable función pacifista de Gandhi un encauzamiento de la violencia hacia regiones insospechadas. Se dice que fue tanta la violencia de su bondad que sin ella la India jamás se hubiera liberado. Se reconoce en los cristianos de las catacumbas, los mismos que recibían la muerte entonando himnos a la divinidad, una capacidad de violencia sólo igualada por el suicida más experto en auto-eliminarse.

¿Y el amor, qué? El amor, por ejemplo, para los baudelerianos es un crimen compartido, y por lo tanto no unión de dos idealidades.

El amor, así, más bien todo paridor de violencias, porque es la violencia misma apenas disfrazada con ornamentos hipócritas.

Violencia igual, pues, a Caín, con la clava de mulo en las manos inaugurando la política del big steak en su hermano que era sin duda, en mitad de su angelismo, un provocador de sietesuelas, auspiciador de la violencia de su hermano, menos favorecido ante la divinidad en la obtención de favores.

La violencia, ¡ah la violencia! Y..., pero olvidábamos otros teóricos cuyos nombres no por emitidos están menos presentes; ellos son los que dicen que la violencia es la madre de la historia. ¿Nos entendemos? Ellos apechugan con la idea de que la violencia es el clán que mueve al Estado como estructura al interactuarse en sus diversos sectores y estamentos, y todo ello con el estímulo de la lucha de clases. El Estado, en manos de las clases dominantes, es la violencia como razón. La violencia que, a título de impulso ciego, irrefrenable, es utilizada por los dominadores a fin de poner el Estado a su servicio: sus intereses de clase, el dinero igual a dominación y dominación igual a poder. Eso dicen, palabra menos, palabra más los teóricos.

Pero reconocen que llega un momento del desarrollo de los medios de producción. su detención; ahora los sectores sometidos a la violencia de los poderosos le cambiarán el signo haciéndola de negativa a positiva, de suerte que al ejercerla ya no será en manera primitiva, ciega, estúpida, sino más bien lúcida y como fermento de un nuevo producto, la Revolución. Esto dicen los teóricos y para ello se documentan en infinidad de hechos del pasado, entre los cuales la rebelión de Espartaco en la Roma Imperial es de los más ilustrativos.

Creo apreciadísimo lector, que los pasos nos han llevado a sitios impropios de una carta que desea ser amena. Y todo ha ocurrido por la invitación a que nos bañemos en el mar de las temáticas ofrecidas por la realidad al momento en que logremos detenerla, y ello con espíritu de evitar el tráfigo de la vida contemporánea tan diversificada en hechos nobles e innobles. Hemos dicho innobles, porque tú, lector atento, tomaste nota del crimen proditorio cometido en la persona de Manuel Buendía, cuya mención nos ha llevado al asunto de la violencia en sus varias fases.

Y claro, con la violencia por delante, no pudimos más que ejercerla merced a estas letras. Un acto parecido, estamos seguros, no lo acometerías tú, lector civilizado. En primer lugar porque no estás dado a hacer añicos de los libros, y en segundo lugar porque por más que lo quisieras no podrías en un primer momento. Para destrozarse un libro con las manos se necesita mucha fuerza y mucho encono; y nos hacemos cargo de que tú te reservas las fuerzas físicas para otras tareas y el encono para alimentar el odio que la injusticia nos merece a muchos, hallárese ésta donde se hallare.

En fin, dejamos aquí el mar de la violencia y sus pescaditos. En otra ocasión, según camine el humor, abordaremos sus empinadas escalinatas, tanto para ascender a la pirámide, como para descender a sus cimas, en las cuales se halla no el buen salvaje, sino el fascismo, la hipocresía y otros pecados existentes, a la vista antes y después de ingerirse la talidomida.

Yendo a otros asuntos, deseamos recordarte, que el día 16 del mes de junio, Radio Universidad Nacional Autónoma de México cumple cuarenta y siete años de haber sido fundada.

A tres años del medio centenario, su tarea solamente interrumpida por causas de fuerza mayor (v. g. ocupación del campos universitario en 1968) ha sido ejemplar. Revísale tú que no sueles empantanarte en conceptos que configuran el populismo o el elitismo, seila y caribdis de quienes navegan el ponto de la cultura. El resultado de tu investigación te llevará a concluir como a muchos, muchísimos, radioyentes avezados en invertir su tiempo en altas tareas benéficas al espíritu. Radio UNAM no tiene igual aquí ni en ningún otro país. Como lo escuchas. En el mundo hay instituciones de los tamaños de la BBC de Londres, tan impresionante por su poder de radiodifusión, por sus servicios, por capacidad para cubrir el imperio y lo que de él queda. Radio Praga es una tarea plausible pocas veces vista, Radio Moscú, la Radio-Televisión Francesa, La Voz de las Américas de ya sabes dónde, Radio Habana, La Voz de los Andes, en los Andes evangeados por el Instituto lingüístico de Verano, o por otra institución similar en Ecuador. Muchas, muchísimas son las instituciones radiofónicas del mundo, pero ninguna, anótalo despacio y con buena letra, como Radio Universidad Nacional Autónoma de México, tanto en sus buenas, excelentes, épocas, como en otras en que las circunstancias han frenado su desarrollo.

La variabilidad de su programación musical es única. En un solo día (sin anuncios de por medio) puedes hacer un recorrido completo por la historia del hombre sometido al benéfico influjo de la música. Todo

merced a los mejores conjuntos de la tierra, a la interpretación de los mejores ejecutantes, a las grabaciones más esmeradas. Las notas de programa son justas, ilustrativas, adecuadas a cada caso. Los locutores no se exceden en consideraciones sacadas de la imaginación o fértil en palabrería u horra en concepto. Todo está medido, nada impide que el arte halle sus cauces más expeditos.

Si se te ocurriera revisar el orden de sus colaboradores de ayer y hoy, verías que muy pocos de los hombres más significados del pensamiento actual, de las mujeres de mayor relieve en el mundo de la difusión ideológica, estética y política, muy pocos, pero muy pocos, amigo nuestro, faltan. Viejos, jóvenes, vehementes, sabios, emotivos, pacíficos, cada uno bajo el sello de su personalidad, pero siempre llevando la libertad de expresión por delante. Con decirte que el doctor Santiago Ramírez, en una ocasión, a propósito de temas de su especialidad, en el caso, el mexicano, dijo frente a los micrófonos de Radio Universidad la frase vitanda. Esa mediante la cual se le ordena a una persona convertirse en instantáneo Edipo. La dijo con todos sus pelos y señales, no una sino varias veces. Esto es histórico, porque por primera vez se rorapía un tabú de nuestra radiodifusión tan pacata en muchos renglones.

Hay más, en una obra de O'Kasse (por favor verificar este nombre: se pronuncia Okeisi), había que deponer un concepto tan violento y desacrilizador que se temía que los ultras en su eterno papel de Erástratos de petate, llegasen a Radio Universidad, entonces en la Ciudad Universitaria, e hicieran cera y pabilo de los Estudios; no ocurrió así. En cambio se-cosechó (y se sigue cosechando) la protesta airada de muchos radioyentes que no toleran la música electroacústica, la serial, la aleatoria y otras formas, muchas de ellas experimentales, del nuevo concepto y realización de la composición. Insultan, y expresan que tal música solamente despierta la violencia en sus espíritus. Sin embargo, la oyen y más de uno en vez de despertar las fieras internas permite a sus ángeles mover con prisa las alas por el gusto de aceptar los sonidos en su más pura emisión.

Por primera vez en el mundo, Radio Universidad transmitió dos horas de música electrónica. Se la jugó, como dice el pueblo. En otros países, de los llamados “civilizados” la reglamentación radiofónica solamente faculta la emisión de música de vanguardia durante cortos periodos.

Radio UNAM, como se llama ahora, es sin más la mayor avanzada de los tiempos modernos en México. Algunos observadores a falta de otro adjetivo deprimente que dirigirle, la reconocen “solemne”. Expresan que por tal motivo no la escuchan, y que por dicho motivo, también, México está como está. Sin embargo, aceptan que solamente en Radio Universidad pueden oír la Cantata según San Mateo, de Bach, completita, la Novena de Bruckner, los cuartetos de Beethoven, sobre todo los que van del número 130 al 135. O esas rarezas que son las óperas de Purcell y Alban Berg es decir dos extremos, sin que ello implique olvidar el Orfeo de Moteverdi, según la égloga de Poliziano, Il Trovatore, de Verdi, inspirada en García Gutiérrez, a Daniel Catona en unión con Carlos Montemayor.

Filosofía, historia, ciencia, literatura, para todo y para todos de Radio UNAM, con el hecho notable de que nunca (que se sepa) haya asistido a las comilonas y demás parafernalias organizadas por quién sabe quién y quién sabe para qué, a fin de celebrar el Día de la Radiodifusión Mexicana. Radio UNAM está allí con cuarenta y siete años encima, sin más constancia de su tarea que los millares de radioyentes agradecidos de que no tenga gritones frente a los micrófonos, de que no cacalice el ambiente merced a mensajes a estas alturas ya intolerables. En cuanto información diaria, noticiosa, comentarística, cumple su función con holgura. Allí todo está cubierto y a cubierto, o sea a resguardo de la intolerancia y la intromisión ajenas.

Probablemente eres de los “hinchas” de Radio UNAM, si no lo eres no olvides que a estas alturas no serlo es vivir en el error. Esto no se constituirá en lema de tan noble institución cultural, pero tú sí puedes hacerlo tuyo, para sumar más y más radioescuchas a su tarea diaria. Esta sí detiene el tiempo merced a un cantante, el mejor del mundo, merced a un atrilista esmerado en hallarle la cuadratura al círculo de la música, merced a un joven aún verde que en un programa, v.g. el de Marco Antonio Campos, suelta sus pr'neras golondrinas poéticas, deseoso de que se unan a pulidísimas alondras.

Todo lo anterior, como puedes inferir con facilidad, tiene las características de elogio. Y en efecto, esa fue nuestra intención, elogiar a quien lo merece, para el caso, Radio Universidad Nacional Autónoma de México, y a ti que aciertas escuchándola a todas horas. ¿Estamos?

No era, ay, el sol que suele ser el sol  
de otros días; los rostros, sin embargo, sí;  
eran las caras de siempre pero abiertas  
a la mayor sorpresa. Dibujarlas, tal vez,  
habría significado atropellar la rabia.  
El ataúd no era el ataúd de un día común;  
encerraba con firmeza muchos rostros,  
muchos puños crispados, nubes de ira.  
No era el ataúd de diario, he de jurarlo,  
encerraba en su pasión un alto sol  
de inusitado resplandor. Era gris, intenso  
gris, bajo el cielo, el pequeño calor,  
los pañuelos contra los labios náufragos.  
Un ataúd y su habitante. Huésped, sí,  
en un sellado barco con un solo Capitán.  
Tú y yo, el uno junto al otro, vimos muchas  
manos oprimir el ataúd responsable de su enigma.  
Rostros, ay, esculpidos en llana lejanía.  
Un grito acá, un murmullo allá. El mundo  
fuera del sitio sacudía el polvo de sus manos  
en la dura caja, sobre el soberbio Capitán.  
Lo atestiguamos tú y yo, el amor, los tres  
situados a pocos pasos de la sangrienta urna:  
el encendido féretro ya dispuesto en río  
tras infinito viaje para un solo Capitán.  
Alguien dijo, nos dijo, dijimos; tú y yo  
dijimos, expuesto el corazón al viento:  
“¡Ea Capitán, tienes la palabra.  
Nadie, ay, podrá quitártela!  
Y la palabra esculpida en sólo un puño  
golpeó la caja hasta rornperla, Capitán.  
Y usted, Manuel Buendía, continué de nueva su diálogo  
con el amor, la rabia, la verdad  
y la justicia.

(Frente al ataúd de un gran hombre, al pie del monumento a Francisco Zarco, el día 31 de mayo de 1984.)

Te quiere y respeta el último de tus servidores y fidelísimos amigos.